

serie

ABRA
DE LE

QUIERO SER PÉREZ

Margarita Mainé

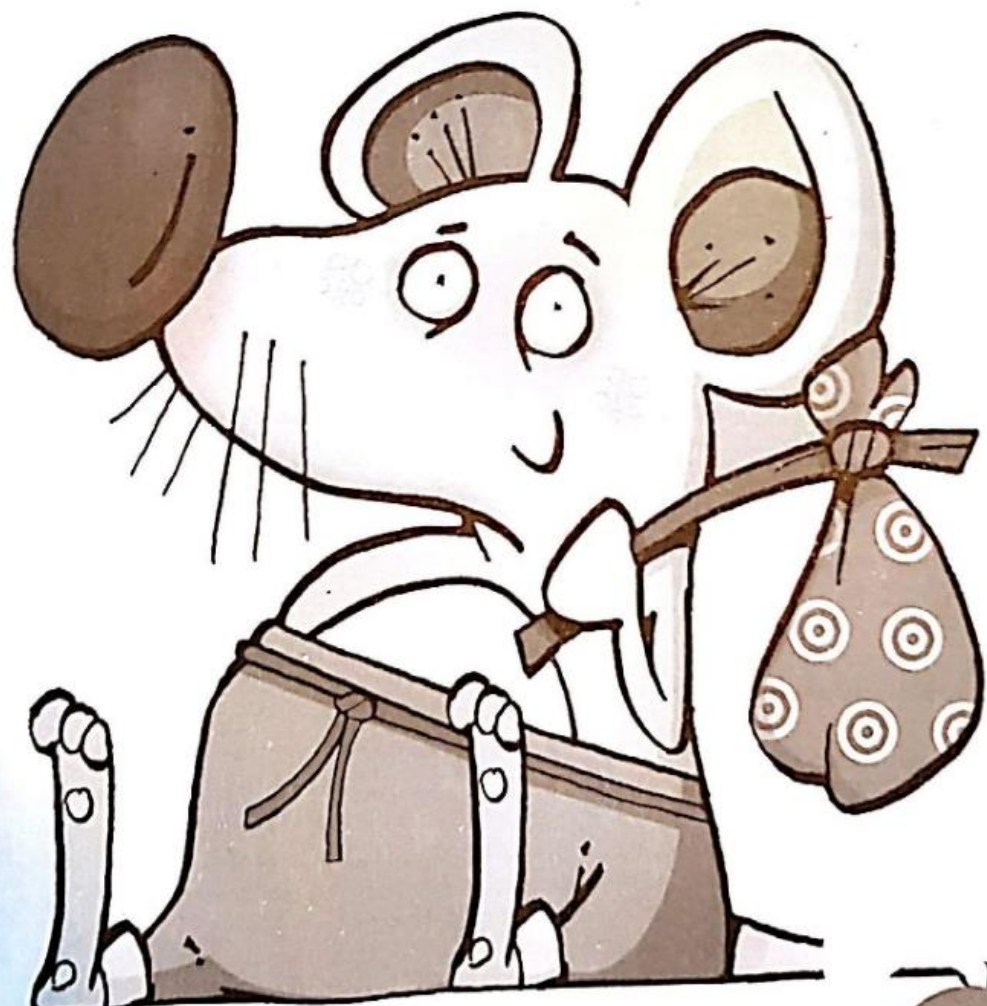


BRAGA

EDITORIAL
Hola
Chicos

Margarita Mainé

QUIERO SER PEREZ



UN
ABRAZO
DE UTRAS

EDITORIAL HOLA CHICOS
Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.
Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998
e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar
www.holachicos.com.ar

QUIERO SER PÉREZ

Autor: Franco Vaccarini
Ilustraciones: Ana Mac Donagh
Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-1561-26-1

Producción gráfica realizada por Printing Books.
Septiembre 2018.

Margarita Mainé

Quiero ser Pérez! / Margarita Mainé ; ilustrado por Iñaki Echeverría. - 1a ed. - 12a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2018.
80 p. : il. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-987-1561-26-1

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. 2. Novela. I. Iñaki Echeverría, ilus.
II. Título.
CDD A863.928 2

© 2011 Hola Chicos SRL

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Índice

Capítulo 1	5
Capítulo 2	9
Capítulo 3	13
Capítulo 4	17
Capítulo 5	23
Capítulo 6	28
Capítulo 7	32
Capítulo 8	36
Capítulo 9	42
Capítulo 10	46
Capítulo 11	52
Capítulo 12	58
Capítulo 13	64
Nota de la autora para los pequeños lectores	68
Capítulo final 1	69
Capítulo final 2	71
Capítulo final 3	74

Capítulo 1

Parecía un ratoncito como todos. Le gustaba jugar a la escondida y comer una tajada de queso y dulce después de la cena.

Pero Ramoní era distinto. Cuando a sus amigos les preguntaban:

—¿Qué vas a ser cuando seas grande?

Respondían:

—¡Yo, doctor!

—¡Yo, cocinero!

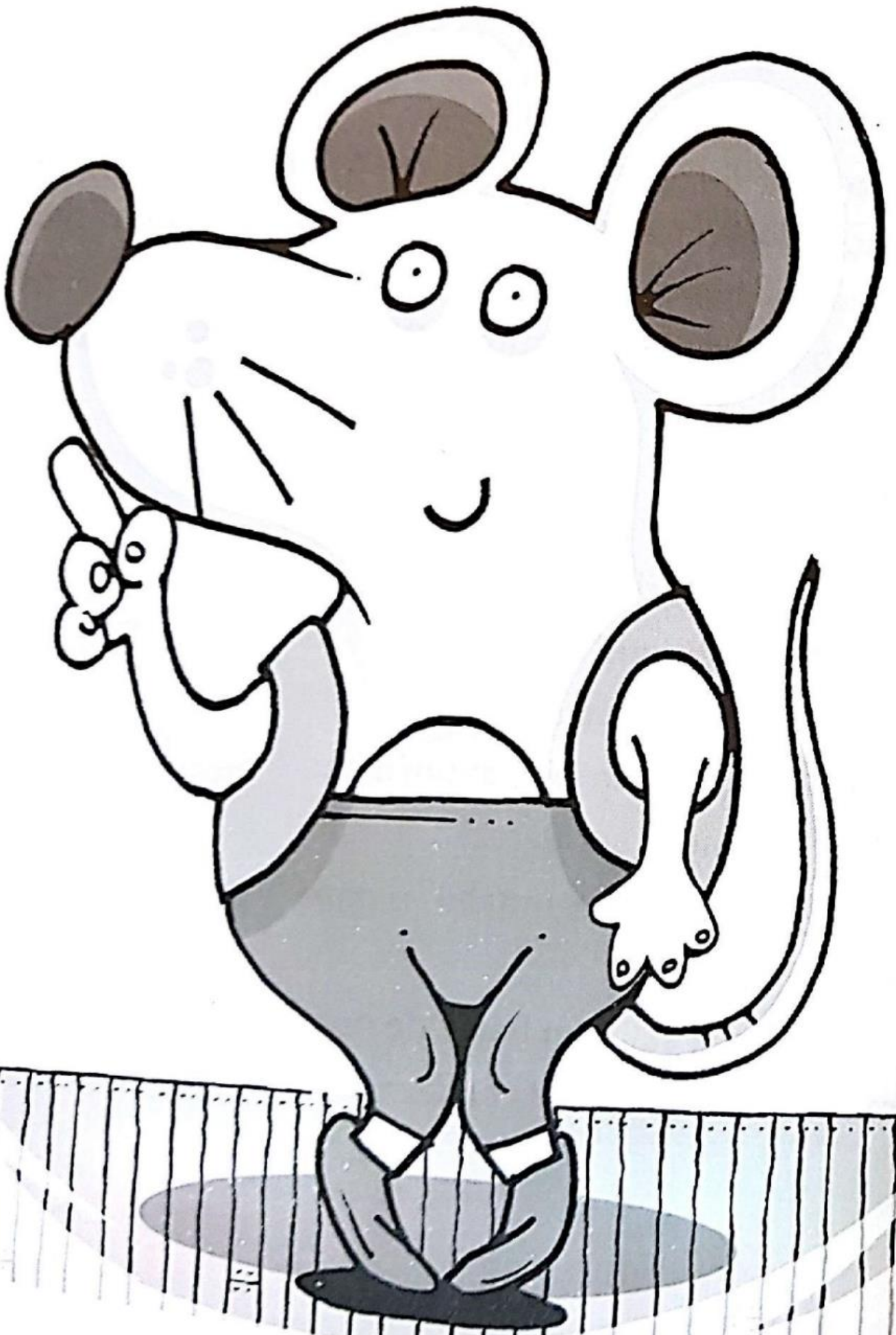
—¡Yo, malabarista!

Ramoní, en cambio, anunciaba:

—¡Yo quiero ser Pérez!

—¿Pérez? —preguntaba su papá alarmado— ¡Es una locura!

—Nunca salió un Pérez de nuestra familia —decía la mamá agarrándose la cabeza.



En el mundo de los ratones, ser Pérez era la tarea más difícil que un ratoncito podía emprender. Para llegar a ser uno de los elegidos que cambian a los niños, dientes por monedas, había que estudiar mucho y cumplir con pruebas durísimas. De los ratones que se proponían ser Pérez cada año, sólo uno lo lograba.

—¡Ay, Ramoní! Es un trabajo muy peligroso —decía la abuela preocupada— ¿No te gustaría ser carpintero como tu papá? ¿Y hacer artesanías como tu mamá?

—No abuela, yo quiero ser Pérez —repetía muy convencido.

Ramoní fue creciendo, y sus padres esperaban que cambiara de opinión.

El día de su quinto cumpleaños, después de soplar las velitas, se sentaron los tres para hablar seriamente sobre su futuro:

—Hijo querido —dijo el padre—. Ya es tiempo de ir a la escuela. Tenemos que decidir en cuál te anotaremos.

—¿No querés ser maestro como el tío Mario? —preguntó la mamá— Puede ser muy interesante.

—¿Y trabajar en el campo con el abuelo Manuel? —dijo el papá agregando ideas.

Ramoní escuchó con respeto a sus padres que no paraban de hablar:

—¿Médico? Porque curar es fantástico.

—¿Cocinero? Se come muy bien.

—¿Cafetero? El olor del café es un perfume maravilloso.

—¿Chofer de camión? Conocerías muchos lugares.

—¿Bombero? Son los más valientes.

—¿Panadero? Podés hacer el pan de queso que tanto te gusta.

Cuando terminaron su larguísima lista, Ramoní se paró sobre la silla y dijo:

—Yo sólo quiero ser... ¡Pérez!

* * *

Capítulo 2

Así fue que una mañana de marzo, Ramoní se puso un traje bordadito y fue con sus padres a anotarse en la Gran Escuela de Ratonés Pérez.

El Director, que era el Pérez más viejo y sabio, los recibió en una oficina llena de papeles. En la pared colgaban cuadros con las fotos de los que se habían recibido allí.

—¿Nombre? —preguntó muy serio.

—Ramoní —respondió el ratoncito nervioso.

—¿Edad?

—Cinco años.

—¿Dirección?

—Alcan Tarilla 22.

El viejo Pérez dejó la lapicera y se acercó a Ramoní. Lo miró de arriba abajo diciendo:

—Mmmm, mmmmm.

Observó dentro de las orejas y le miró atentamente las uñas de todas las patas. Le hizo abrir la boca para revisarle los dientes y lo miró fijamente a los ojos haciendo con la cabeza un gesto que a Ramoní lo hacía temblar.

—¿Tenés miedo? —preguntó.

—Nnn no —dijo el ratoncito muy serio.

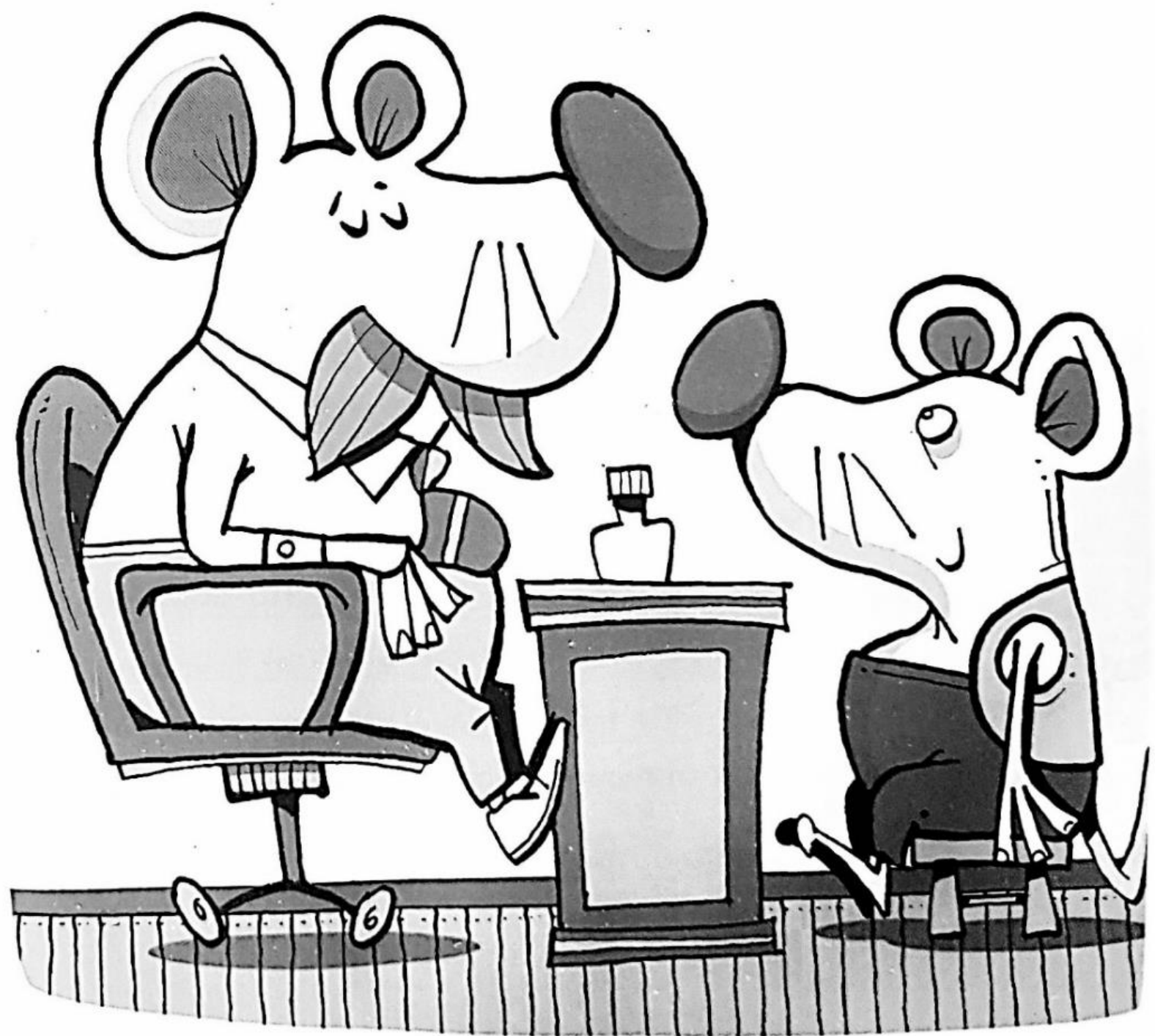
—Los Pérez no podemos tener miedo. Muchas cosas suceden que podrían asustarnos: un niño que se despierta en medio de la noche, un gato agazapado esperándonos debajo de una ventana, una madre que nos persigue con una escoba. Hay que ser muy valiente para ser Pérez.

—Mi hijo es muy valiente —dijo la mamá, pero el viejo ratón le hizo un gesto de silencio con el dedo sobre la boca.

—Soy valiente —dijo Ramoní pensando que quizás fuera divertido ser campesino como el abuelo.

—Mmmmmm —repitió el viejo— muy bien, muy bien —dijo.

Después sacó una libreta roja de un cajón y anotó algo que le llevó largo rato.



Ramoní y sus padres esperaron en silencio. El director dejó de escribir, cerró la libreta y dijo:

—Ramoní está formalmente aceptado en la Gran Escuela de Ratones Pérez.

* * *

Capítulo 3

El primer día de clases, Ramoní estaba contento, pero también nervioso. Se mordisqueaba las uñas mirando a su alrededor. No conocía a ninguno de los alumnos que estaban en la sala, y la panza le hacía ruidos.

En el mismo banco, se había sentado un ratoncito vestido con saco de terciopelo y un coqueto moño rojo.

—¿Cómo te llamás? —se animó a preguntarle Ramoní, acomodando su gastada chaqueta.

—Buu —dijo, y Ramoní no entendió si era el nombre o si su compañero lo estaba burlando. En ese momento entró el maestro. Un ratón muy alto y flaco que tosió y dijo:

—Bienvenidos valientes ratones a la Gran Escuela. ¿Alguna pregunta?

Buu levantó la mano.

—¿No es cierto que los Pérez no pueden mordisquearse las uñas? —dijo mirando a Ramoní.

BUU...



—¡Claro que no! Un Pérez jamás hace ese tipo de cosas. No se mordisquea las uñas, no se mete los dedos en la nariz, no se rasca la cola y se saca las lagañas antes de salir de la cama.

Ramoní se quedó quieto en su asiento, y sus cachetes se pusieron rojos como si alguien los hubiera pellizcado.

—Empecemos la clase —dijo el maestro.

Así descubrió Ramoní que su compañero de banco tenía la costumbre de decir al maestro lo que otros hacían mal.

—Maestro, hay un alumno que se sienta con la cola doblada.

—Creo que alguien no se ha lavado bien las orejas.

—Hay olor a queso en el aula, señor. —Y el maestro se enojaba diciendo que sólo podían comer en los recreos.

Es que Buu quería ser “perfecto”. No jugaba en los recreos para no despeinarse y jamás compartía el pedazo de queso que traía envuelto en una servilleta. Después de comer, se limpiaba exageradamente la boca.

En las clases de lavado de dientes, era el que más blancos los dejaba y si había que ayudar a un profesor o contestar sus preguntas, Buu siempre era el primero.

Por eso, la mañana que el maestro de prácticas dijo que iba a elegir a dos alumnos para que lo acompañasen esa noche a retirar un diente, los ratones levantaban la mano y decían ¡yo! “¡yo, maestro, yo!”, pero todos en la clase sabían que Buu sería el elegido.

El maestro miró atentamente y señaló:

—Usted —señalando al “perfecto”—.... Y usted...

Ramoní no podía creerlo. ¡Lo estaba señalando a él! La primera clase práctica que daban y era uno de los elegidos.

—Los espero esta noche. Puntualmente a las diez —dijo el maestro, y a Ramoní le tembló un poco la cola.

* * *

Capítulo 4

Cuando Ramoní contó en su casa que había sido el elegido para la primera clase práctica, la mamá se preocupó muchísimo:

—Cuidate mucho, mi amor, el hijo de la vecina volvió sin cola de su clase práctica y lo echaron inmediatamente de la escuela Pérez.

—Vas a tener suerte —le dijo el papá guiñándole un ojo.

Después de cenar, la familia lo despidió como si fuera a pelear en la guerra.

—Yo no sé si mi chiquito estará preparado para semejante tarea —repetía la madre mientras su marido la consolaba.

Ramoní llegó a la escuela, y Buu, que ya estaba sentado junto al maestro, lo miró como si hubiera llegado tarde. En ese mismo momento sonaron las diez en el gran reloj.

—Sólo harán lo que les digo. Nadie tocará nada, no cambiará nada de lugar. Tenemos que pasar por esa casa sin que lo noten ¿entendido?

—Sí —dijo Ramoní.

—Sí, querido maestro —dijo Buu acomodándose el moño.

—¿Quién llevará las monedas?

—Ramoní —contestó Buu sin dejarlo opinar.

El maestro le dio al ratoncito una bolsa que pesaba mucho, y salieron los tres caminando junto al cordón de la vereda. El maestro iba adelante, después Buu que le seguía prolijamente el paso y, un poco más atrás, Ramoní cargando la bolsa. Cuando llegaron a la casa del niño al que se le había caído un diente, pasaron uno por uno por debajo de la puerta.

Lo habían practicado muchas veces en la escuela. Por eso los ratones que aspiraban a ser Pérez no podían ser gorditos ya que la panza no les permitiría entrar por ahí.

Pasó el maestro, pasó Buu, pasó Ramoní, pero la bolsa con las monedas quedó trabada.

—¡Qué tonto! —dijo Buu— ¿No leíste en las lecciones que las monedas pasan de un sólo modo por debajo de la puerta?

El maestro miró al “perfecto” con aprobación.

—Vuelva a salir y acomode las monedas como corresponde —dijo, y Ramoní le hizo caso.

Ya los tres dentro de la casa, caminaron muy silenciosos, paso por paso...

—¿Qué es ese ruido? —preguntó susurrando el maestro— parece un motor.

Los tres se detuvieron a escuchar, y Ramoní se dio cuenta de que era el ruido de su corazón, pero no dijo nada.

¿Habría gato en esa casa? ¿Estarían realmente dormidos o saldrían los padres del niño a espantarlos? No podía dejar de pensar en los peligros que los acechaban.

El maestro siguió guiándolos por un pasillo hasta encontrar el cuarto del niño. Les dijo que se quedaran muy quietos junto a la cama y observaran sus movimientos mientras subía hasta la almohada para sacar el diente y poner las monedas.

Ramoní le dio la bolsa con alivio y se concentró en mirar lo que hacía el maestro perdiendo de vista a Buu. De pronto se escuchó un alarido.

—¿Qué es eso? —preguntó Ramoní que nunca había oído algo igual.

—Un bebé —dijo el maestro bajando apurado de la cama.

—¡Corran! —gritó mientras en otra habitación se prendían las luces.

En el camino hacia la puerta, se cruzaron con la madre del niño que empezó a gritar. El maestro corría adelante. Buu venía último, dudando si seguir corriendo o esconderse debajo del sillón. Ramoní regresó a buscarlo, lo tomó de la mano arriesgando su vida mientras el padre los corría con una escoba en las manos y golpeaba el piso con fuerza.

Finalmente, salieron por debajo de la puerta, y el maestro estaba muy enojado.

—¿Qué pasó? ¿Hicieron algún ruido para despertar al bebé?

—Yo no, maestro —dijo Buu, ya recuperado del susto y poniendo cara de santo ratón.



El maestro miró a Ramoní con desconfianza. Dio una vuelta entera a su alrededor y hasta le revisó los bolsillos para ver si se había llevado algo de la casa.

—La próxima vez deberán ser más cuidadosos —dijo. En la escuela, el maestro le contó al Director lo que había pasado.

—Su primera clase práctica fue un fracaso, alumnos, ahora vayan a casa—dijo el Director y se sentó en el escritorio para anotar algo en su libreta roja.

Los padres de Ramoní estaban esperando en la puerta. Lo abrazaron y festejaban su regreso sin darse cuenta de que estaba muy apenado. Su primera experiencia como Pérez había sido un desastre: habían despertado al bebé de la casa.

* * *

Capítulo 5

Al día siguiente, muy temprano, Ramoní llegó a la escuela. Casi no había podido dormir. En la puerta estaba Buu con otro compañero que dijo:

—Hoy me toca a mí la clase práctica. ¿Es difícil? ¿Tuvieron miedo?

—Sí, un poco —dijo Ramoní sincerándose.

—Yo no tuve nada de miedo —dijo Buu y lo empujó para pasar primero por la puerta.

Ramoní se mordió los bigotes. ¿Y si ahora Buu contaba sobre su miedo al maestro?

La clase era de idioma. Los ratones Pérez debían aprender el lenguaje de los hombres porque eso podría salvarlos en ocasiones. Si estaban debajo de la cama y la madre le decía al niño “hasta mañana”, eso quería decir que se iba a dormir, y el camino quedaba despejado. Pero si decía “ahora te traigo un vaso de agua” o “ahora vengo a contarte un cuento” implicaba que

Pérez tenía que quedarse debajo de la cama un rato más. Era una clase aburrida porque había que repetir las mismas cosas. Ramoní lo hacía tranquilamente, mientras Buu movía muy nervioso las patitas debajo del banco.

Cuando el ratón del banco de atrás comió un pedazo de galleta haciendo ruido y el “perfecto” no lo acusó con el maestro, Ramoní pensó que su compañero estaba muy raro.

—¿Te pasa algo? —le preguntó escribiendo en un papelito.

—En el recreo te cuento, te espero en el baño —escribió el ratón, y Ramoní se puso contento pensando que empezaban a ser amigos. ¡Claro! Si la noche anterior casi le había salvado la vida.

Se escuchó la corneta que anunciaba el recreo, y los alumnos salieron en orden, con el andar elegante que ser Pérez merece. Así lo hizo Ramoní y ya en el baño, aprovechó para lavarse. Cada vez que se cruzaban con el Director les revisaba las uñas y las orejas.

—Los Pérez tienen que ser los ratones más limpios del mundo —decía y tenía razón. Si un padre o un niño

siente “olor a ratón” no descansa tranquilo y, para el trabajo de los Pérez, es importante que duerman profundamente.

Ramoní se estaba refregando con jabón y cepillo cuando entró Buu.

—¿Qué te pasa? —dijo mientras se secaba las manos.

—Es un problema muy serio, sólo puedo decirlo en secreto —susurró Buu acercándose a su compañero, y Ramoní sintió que le ponía algo en el bolsillo.

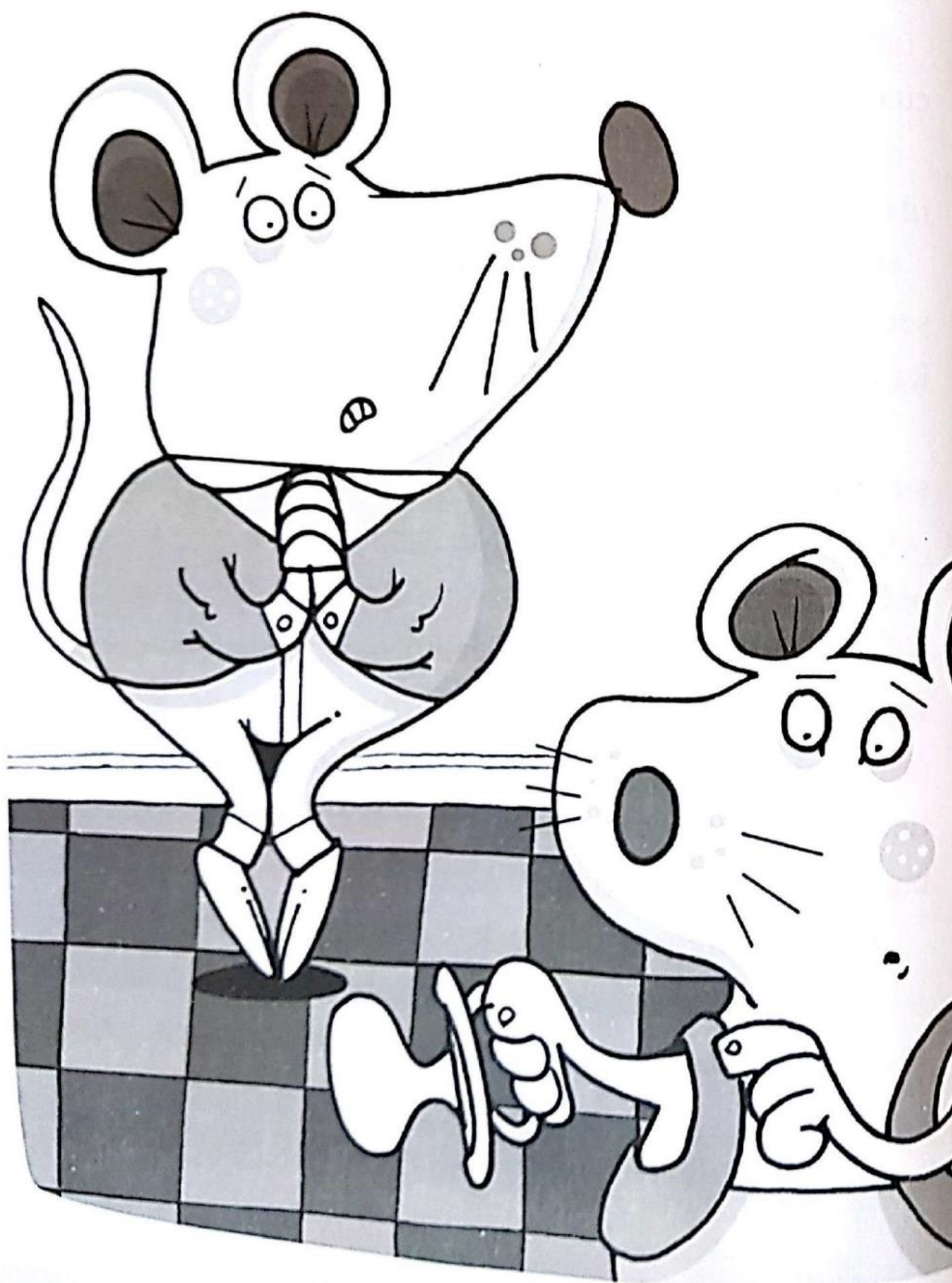
—¿Qué me pusiste? —preguntó enojado sacando de su bolsillo un....

—¡Un chupete! ¿De dónde lo sacaste? —dijo Ramoní furioso.

—Shhhh shhhhhh guardalo por favor que nadie lo vea —dijo Buu en el mismo momento que se abrió la puerta del baño y entró un compañero. Ramoní tuvo el tiempo justo como para guardar el chupete, pero estaba enojadísimo.

¿Qué es lo que quería ese ratón caprichoso?

Saltaba, otra vez dentro del pecho, el corazón de Ramoní, pensando que si lo encontraban con el chupete,



lo echarían inmediatamente de la escuela y su sueño de ser Pérez terminaría.

Apenas el otro ratón salió del baño Ramoní dijo:

—¿Querés que me echen de la escuela? ¡Tomá tu chupete! —Y cuando lo sacó del bolsillo nuevamente se oyó el ruido de la puerta y entró el Director. El chupete volvió al bolsillo de Ramoní en menos de un segundo.

—¿Por qué tanto tiempo en el baño alumnos? —preguntó.

—Nos... nos... nos estamos lavando —dijo Ramoní mostrando sus uñas impecables.

—Muy bien —dijo el Director—. Ahora, afuera los dos.

Salieron juntos del baño y al mismo tiempo sonó la corneta. En el aula, el ratoncito no tuvo ninguna oportunidad de volver al bolsillo de Buu el vergonzoso chupete.

* * *

Capítulo 6

La clase que comenzaba era de matemática. Los Pérez, tenían que dejar cinco monedas por cada diente bueno y tres monedas si tenía alguna caries. Esa era una cuenta difícil de hacer. Sobre todo cuando en una sola noche visitaban a varios niños y tenían que calcular cuantas monedas llevarían en la bolsa.

$1 + 1 = 2$, $1 + 2 = 3$ escribía el maestro en el pizarrón, y los alumnos copiaban en sus cuadernos.

—¿De dónde salió el chupete? —murmuraba Ramoní en el oído de Buuu.

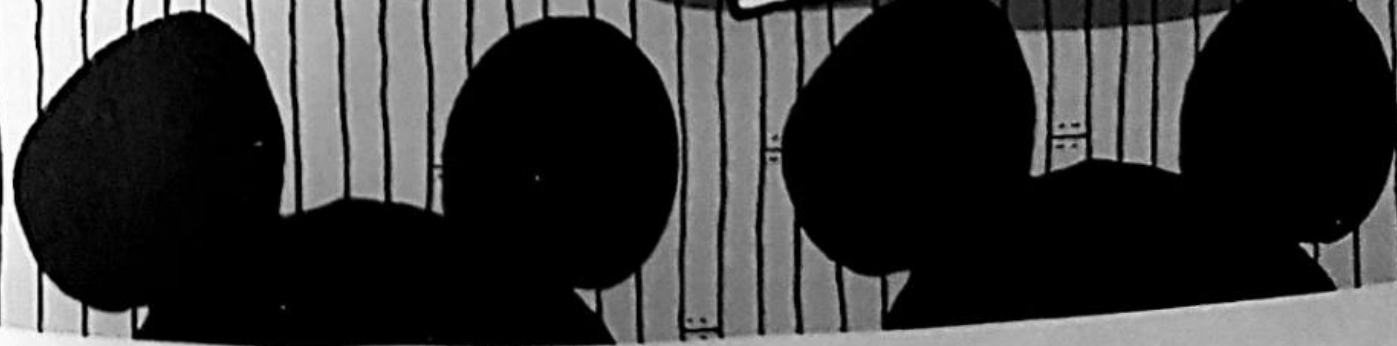
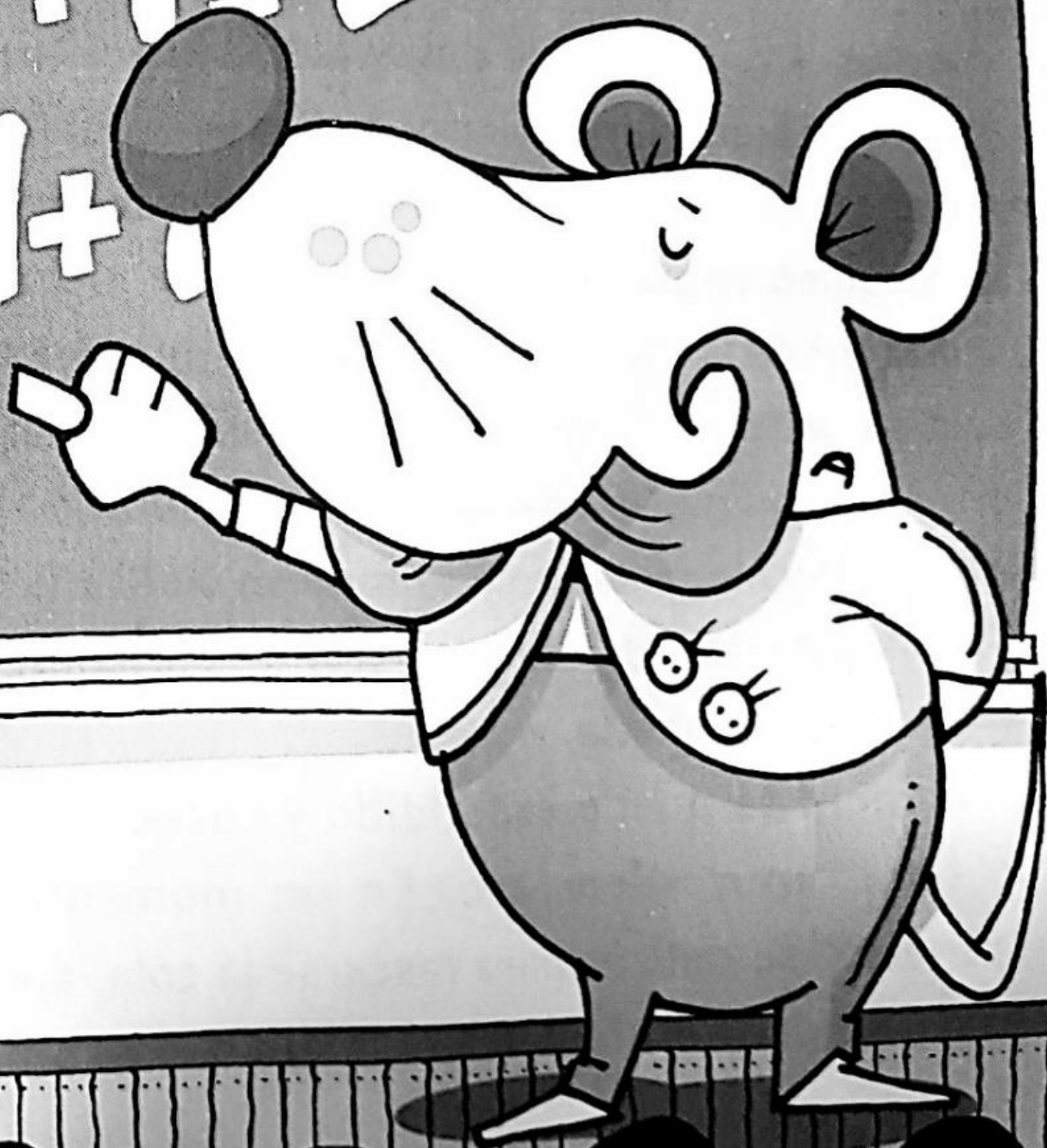
—Fue un error, un error horrible —contestaba nervioso el “perfecto”, golpeando los pies en el piso.

—¿Qué está pasando en ese banco? —dijo el maestro mirándolos— ¿Por qué no nos cuentan qué es más interesante que los números? A ver Buu... cuente... cuente lo que estaba hablando con su compañero...

Buu se levantó de la silla y empezó a decir...

$$1+1=2$$

$$1+$$



—Lo que pasa es que mi compañero de banco tiene un ... ¡¡¡ah!!! —se detuvo en ese momento porque Ramoní le dio un fuerte pisotón.

—¿Cómo? ¿Su compañero de banco tiene un aaah? ¿Qué es un aaah? —Los otros ratones rieron.

Ramoní se paró para hablar:

—Un aaamigo, un amigo al que le salen muy bien las cuentas —dijo tratando de aliviar la situación.

—Qué bien, alumno Ramoní. Espero que su amigo le enseñe a resolver las cuentas porque si conversa tanto en clase no va a aprender nada.

Al salir de la escuela, Ramoní no caminó hacia su casa. Se quedó esperando escondido en una alcantarilla, en el camino que iba hacia la casa de Buu.

Lo vio venir cantando y saltando:

—¡Me deshice del chupete! ¡Me deshice del chupete! —tarareaba contento.

Ramoní se quedó escondido y cuando Buu pasó, lo siguió muy silencioso. En un momento que el “perfecto” se detuvo para rascarse la cola, aprovechó para devolverle el chupete poniéndolo en el bolsillo de su saco.

—¡No, no, por favor, no! —gritó Buu al darse cuenta—. No me des ese chupete, ¡por favor!

—¡Sos tan malo! —dijo Ramoní—. No sólo me puse el chupete sin avisarme, sino que después ibas a contarle al profesor que yo lo tenía para que me echaran de la escuela. Sos un ratón malo, tan malo que no te merecés ser Pérez.

Buu se dio vuelta, escondió la cabeza en su mochila y parecía que lloraba.

—¿Me vas a acusar con los maestros?

—Claro que te voy a acusar —dijo Ramoní que estaba furioso.

Buu lloró más fuerte, pataleó e hizo capricho como si fuera un bebé.

De pronto, dejó de llorar, y Ramoní lo miró. No podía creer lo que ese ratoncito estaba haciendo.

* * *

Capítulo 7

—No puede ser —repetía Ramoní mirando a Bu con el chupete en la boca. ¡Lo estaba chupando!

—¿Qué hacés? —preguntó.

Entonces Buu, se sacó despacito el chupete de la boca y, con un gesto más tranquilo, le dijo:

—Es que tengo muchos problemas: mi papá es jubilado Pérez. Él decidió que yo sería Pérez desde que nací. Como sabía que esta escuela era muy difícil, me dio una educación muy estricta. Quería hacerme fuerte desde el primer día. No me compraba juguetes, nunca había postre para mí y ni siquiera me dejó usar chupete. ¡A mí siempre me gustaron los chupetes! Cada vez que veo un bebé con chupete no puedo evitarlo, tengo que sacárselo y chupetearlo un ratito.

Ramoní se quedó mirándolo sin saber qué hacer.

—¿De verdad que nunca usaste chupete? ¿Nunca te compraron un juguete?



Buu hizo un gesto de "no" con la cabeza mientras se ponía a chupetearlo de nuevo.

Ramoní seguía enojado, pero observó la cara de Buu que con el chupete cambiaba mucho. Tenía una sonrisa que parecía de bebito, y Ramoní se conmovió.

—Bueno Buu, dejá ahora ese chupete —dijo sacándoselo de la boca con cariño—. ¿Se lo robaste a bebé, no?

Buu hizo que sí con la cabeza, avergonzado.

—¿Y por eso lloró?

—Sí —dijo Buu sin mirarlo a la cara—. No se cómo hacer para devolverlo. Tampoco sé dónde dejarlo. Sería un desastre si mis padres o los maestros me encuentran este chupete.

—Por eso me lo diste a mí —dijo Ramoní y ya no estaba enojado—, yo voy a ayudarte.

Ramoní acompañó a Buu hasta su casa y le dijo:

—Esta noche, a las diez, cuando todos duerman —dijo con el chupete en la mano— nos encontramos frente a la puerta de la escuela y de ahí vamos juntos hasta la cuna de ese bebé.

Buu se apuró a decir:

—Está bien —y sin despedirse, casi corriendo, entró en su casa.

Apenas cerró la puerta, Ramoní se dio cuenta de que el chupete seguía en sus manos. Subió los tres escalones para golpear la puerta y devolverlo pero escuchó:

—¿Por qué llegas tan tarde Buu? ¿Te has entretenido por ahí? ¡Andá a tu cuarto y ponete a estudiar! Así nunca serás un buen Pérez —gritaba el papá enojado.

Ramoní miró el chupete, y se lo guardó el bolsillo. Nada iba a pasarle por guardarlo hasta la noche.

* * *

Capítulo 8

—¿Otra vez vas a salir? —preguntó el papá de Ramoní después de cenar.

—¿Dos días seguidos? —dijo la mamá—, ¿no era una práctica por semana?

—El maestro quiere llevarnos de nuevo a buscar un diente —mintió Ramoní.

—Será porque ayer lo hiciste muy bien —festejó el padre.

—Abrigate, mi amor —dijo la mamá acariciándole la cabeza.

—¿Y mi chaqueta? —preguntó el ratoncito mirando la silla donde la había colgado.

—Ponete la otra —respondió la madre— estaba tan sucia que la metí en el lavarropas.

—¡No! —gritó Ramoní—, ¿sacaste algo del bolsillo?

—Se me olvidó —dijo la mamá, que siempre lavaba la ropa sin revisar los bolsillos—. ¿Tenías algo importante?



—Es que... tenía una bolita que me prestó un compañero.

Ramoní corrió al lavarropas que daba vueltas y vueltas sin parar haciendo mucho ruido.

—¿Y ahora qué voy a hacer? —pensaba muy preocupado.

—En quince minutos termina el lavado y se puede abrir la puertita —avisó la mamá.

Ramoní se quedó sentado mirando girar el chupete dentro de la maquina de lavar.

¿Se arruinaría?

Cuando dejó de dar vueltas, abrió la puerta del lavarropas y el chupete estaba limpiísimo. Lo guardó en su bolsillo y salió corriendo hacia la escuela.

Llegó media hora tarde, pero Buu no estaba. Lo esperó un rato y se sintió tan cansado que se quedó dormido junto al cordón de la vereda.

Soñaba con el día en el que le decían que ya era Pérez y alguien lo sacudió:

—¿Qué hace durmiendo en la calle alumno? —le decía el Director.

—Na... na... nada —respondió Ramoní refregándose los ojos— quería ser el primero en llegar a la clase...

—Todavía faltan dos horas para que se abra la escuela, así que vaya a su casa y tome un buen desayuno porque sino, le va a ir mal en el examen.

—¿Examen?

—Hoy es el examen sobre los diferentes tipos de dientes. ¿Se olvidó?

—No, señor, ¡cómo me voy a olvidar!

Ramoní se levantó dolorido y caminó hacia su casa mientras el Director sacaba la libreta roja del bolsillo.

Le pesaban las patas al llegar a casa. La mamá le sirvió una taza de leche, y el papá le hizo tostadas mientras Ramoní repasaba los temas del examen.

—Esta escuela de Pérez va terminar con la salud de mi hijito —decía la madre al verlo tan nervioso.

Dos horas después, Ramoní entró en el aula, arrastrando los pies. Buu ya estaba prolijamente sentado en el banco.

—¿Por qué no viniste anoche? —preguntó Ramoní.

—Tenía que estudiar para el examen —respondió el “perfecto” con un gesto de silencio y ya entraba en el aula con el maestro.

Ramoní no podía creer lo desvergonzado que era su compañero de banco. Como si fuera poco, el maestro escribía diez preguntas en el pizarrón.

—¡Demasiadas para mí! —pensó Ramoní.

Cuáles son las diferencias entre dientes y muelas era la primera. Ramoní contestó lo que recordaba y así una por una fue completando las nueve primeras. La más difícil era la pregunta diez: ¿Cuántos dientes tiene un niño de seis años?

¿Veinte? ¿Veinticinco? Ramoní trataba de recordar, pero le era imposible. Estiró los ojos para tratar de ver el número que había escrito Buu ¡tenía la letra tan pequeña! No podría copiarse.

—¿Cu cu cuántos dientes?—le susurró.

Buu entonces hizo un gesto con los dedos. Primero le mostró tres dedos y después cuatro.

Ramoní dudó un poco.

—¿Tantos? —preguntó en voz baja, el profesor chistó.

Buu hizo un gesto de aprobación, y Ramoní agradecido escribió treinta y cuatro en la última respuesta y entregó su examen al profesor. ¡Había contestado todas las preguntas!

* * *

Capítulo 9

Después de entregar el examen, sonó la corneta de recreo, y Ramoní se acordó de que todavía llevaba el peligroso chupete en el bolsillo. Se acercó a Buu, pero el “perfecto” le dijo que no quería hablar con él.

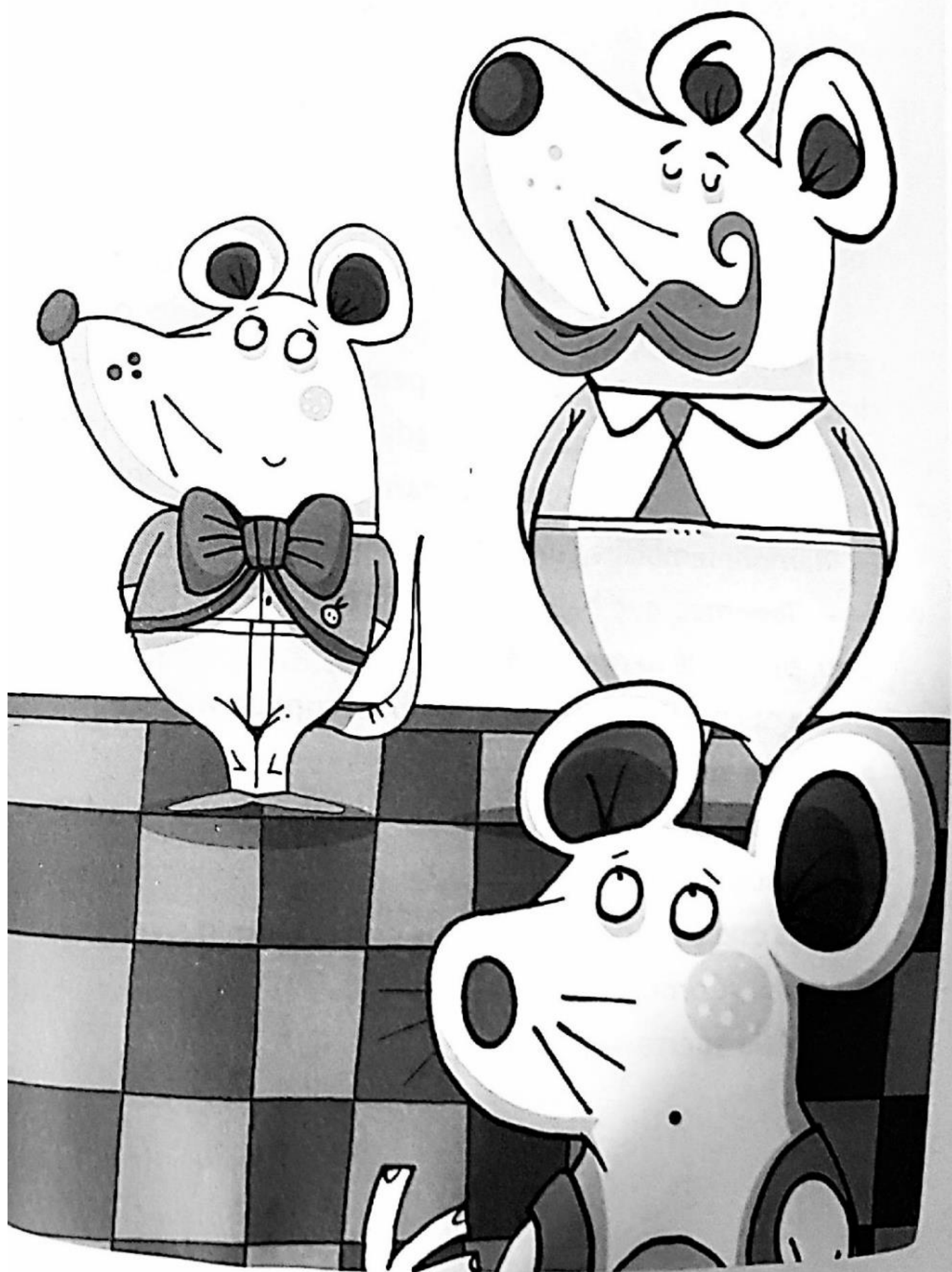
—¿Cómo que no querés? Este problema es tuyo.

—No. Ahora es tuyo —le dijo Buu y fue corriendo a pararse al lado del maestro.

Ramoní estaba tan enojado que pasó el recreo pateando la pared del fondo del patio y pensando cómo podía un ratoncito tan pequeño ser tan malo.

Durante la clase siguiente, Ramoní miraba a Buu con bronca y casi no podía escuchar al maestro. Tenía la mano en el bolsillo tocando ese chupete que tantos problemas podía traerle si alguien lo descubría.

En la mitad de la clase entró el Director. Los alumnos se pararon para saludarlo.



—Recibimos una queja —dijo—. Parece que en una casa, un Pérez que fue a retirar el diente de un niño, llevó el chupete de su hermanito bebé. ¿Alguien sabe algo de esto?

En el aula el silencio era absoluto. Buu lo miró a Ramoní con una sonrisa pícaro en la cara, y él le tiró una patada por abajo del banco.

—Supongo, que alguno de los alumnos que han realizado su primera clase práctica se ha tentado para hacer una gracia. Quiero ese chupete sobre mi escritorio mañana por la mañana. Y debo advertirles que el que lo hizo quedará expulsado inmediatamente de la escuela.

Ramoní temblaba cuando el director salió.

—Tenemos que hablar —le escribió en un papel a Buu, pero este lo rompió sin leerlo.

Esa noche, Ramoní estaba tan preocupado que se fue a la cama sin comer.

—¿Qué te pasa hijo? —le preguntó el padre acercándose.

—Es que cuando uno hace las cosas bien, pero le salen mal... ¿Cómo se llama eso?

—Mala suerte —dijo el papá.

—¿Y cuando uno hace las cosas mal y le salen bien?

—Buena suerte.

—Bueno, lo que pasa es que yo tengo mala suerte y mi compañero de banco tiene buena suerte.

—¿Te digo una cosa? —preguntó el papá ratón acercándose a su oreja como si fuera a decirle un secreto— ¡A la suerte, hay que ayudarla!

Ramoní se acomodó en la cama y dijo:

—Una última pregunta: ¿acusarías a un compañero que hizo algo mal?

—Lo mejor es ser discreto —dijo el papá, y Ramoní no entendió.

* * *

Capítulo 10

El ratoncito pensaba hasta en sueños cómo ayudar a su suerte. Si hablaba con el Director y le decía la verdad, sería su palabra contra la de Buu. No podía olvidar que mientras él era hijo de un carpintero, Buu era el hijo de uno de los Pérez que lucían en los cuadros en la pared de la oficina.

Durante el desayuno, Ramoní estuvo más animado. Quizás ayudar a la suerte no fuera tan difícil y se le había ocurrido una buena idea.

Entró en la escuela ni bien abrieron la puerta y fue directo a la oficina del Director. Asomado por el vidrio de la puerta lo vio sentado frente al escritorio, escribiendo en su libretita roja. También vio, que mientras pensaba, el Director se metía el dedo en la nariz ¿No era que los Pérez jamás hacían esas cosas? Ramoní sacó de su mochila la cajita que había preparado especialmente y la dejó junto a la puerta de la oficina.

Después golpeó dos veces y salió corriendo, con tan mala suerte que al final del pasillo chocó con el maestro de matemática.

—¿Dónde va tan apurado, alumno?

—A a al baño...—tartamudeó el ratoncito.

—Y....¿de dónde viene?

En ese momento se abrió la puerta del Director. Los dos miraron cómo se agachaba para levantar la cajita y cerraba la puerta nuevamente.

El maestro vio que a Ramoní le temblaban hasta las orejas y dijo:

—Vaya al baño, vaya. No queremos ningún accidente más en esta escuela.

Ramoní se fue al aula aliviado. ¿Estaría el Director leyendo su carta? Porque dentro de la caja había guardado el chupete con una nota que decía:



EL RATÓN QUE SE LLEVÓ EL CHUPETE ME LO
PUSO EN EL BOLSILLO. NO ME ANIMO A
ENFRENTARLO PORQUE SERÍA SU PALABRA
CONTRA LA MÍA Y LA MIA NO VALE MUCHO.
PERDÓN POR NO FIRMAR ESTA CARTA
UN ALUMNO

Se había esforzado en cambiar la letra para que no la reconocieran.

Ya en la clase, seguía nervioso y distraído, cuando entró el Director. Después de saludar y recibir el "Buenos días" de los alumnos dijo:

—El tema del chupete ha sido resuelto.

Se oyó un murmullo de voces sorprendidas. Buu miró a Ramoní muy serio, como si tuviera derecho para enojarse.

El director habló en voz baja con el maestro y un alumno de la última fila se animó a preguntar:

—¿Quién fue el que robó el chupete, señor?

El director se molestó.

—La discreción, alumno, es fundamental en la vida de un Pérez. Le aconsejo que la practique hasta que la aprenda —dijo y salió tranquilamente por la puerta. Lo vieron irse por el pasillo, mientras abría su libreta roja.

En el recreo, Buu se acercó tres veces para preguntarle si lo había acusado. Ramoní no le respondía y se paraba al lado del maestro para evitarlo.

Pero como pasó el día y el Director no llamó a ningún alumno a su oficina para echarlo de la escuela, parecía que el problema se había resuelto bien.

En la última hora de clase, llegó el maestro que había tomado el examen sobre los dientes y repartió las pruebas corregidas.

Ramoní vio un 9 en su hoja. La única pregunta que había contestado mal, era la última.

—Te equivocaste con el número de dientes —le dijo a Buu. El “perfecto” levantó su hoja y le mostró un diez, grande y con tinta verde.

Tardó un momento en entender que Buu lo había engañado. Le sopló mal la respuesta para que se equivocara.

Ese ratón era imposible. Nunca había conocido a alguien tan, pero tan malo.

—Profesor —dijo rabioso— ¿puedo cambiarme de banco?

—¿Por qué motivo? —preguntó el profesor.

—Es que... es que...

—Que no se cambie, profesor —lo interrumpió Buuu— justo ahora que estamos conociéndonos mejor.

—No se cambie —dijo el profesor— ¿No ve que su compañero lo aprecia?

Ramoní volvió esa tarde a su casa tan molesto y agotado que se quedó dormido durante la cena.

—No puede con esa escuela —dijo la mamá acomodándole una almohada.

—Uno de estos días vuelve y dice que quiere ser jardinero —opinó el papá rascándose la cola.

* * *

Capítulo 11

Los meses pasaban y los alumnos se ponían más nerviosos. Sólo uno de la clase llegaría a ser Pérez y eso hacía que en cada compañero, se viera también un adversario para derrotar.

Ramoní no tenía ni un amigo, y con Buu sentado a su lado debía cuidarse mucho. Ni pellizcarse las uñas, ni equivocarse una letra porque el "perfecto" estaba siempre dispuesto a decir a los maestros lo que otros hacían mal.

Los nervios lo tenían flaco y no lo dejaban dormir. La madre le hablaba sobre lo lindo que sería trabajar en el campo con el abuelo. Ramoní pensaba a veces que ser Pérez no era para él porque cuando estaba solo se sacaba los mocos de la nariz con el dedo y se rascaba la cola.

Mientras tanto, en la escuela, empezaba la etapa del entrenamiento físico. En la clase de gimnasia les

enseñaban a caminar sin hacer ni el más mínimo ruido. A subir y bajar de las camas suavemente. Hacían ejercicios de yoga para relajar los músculos y corrían veinte cuadras por día para lograr resistencia.

Pero lo más importante para un Pérez era la agilidad. En caso de peligro, había que saber correr muy rápido ya que las personas con sus largas piernas podían ser más veloces que un ratón.

Entrenaron sin parar. Buu resoplaba en las corridas porque la agilidad no era su virtud principal y le caían gotas de transpiración que secaba con su pañuelo bordado.

—Faltan dos semanas de clases —dijo el profesor una mañana de lunes—. El viernes por la noche, haremos una carrera en la plaza. Los que suban al podio de los ganadores tendrán más cerca la posibilidad de ser Pérez.

Los alumnos se presentaron en la plaza con zapatillas deportivas. Buu tenía un perfecto conjunto blanco, recién estrenado que lo hacía parecer más petiso.

Ramoní, unas zapatillas que habían sido de su papá y le quedaban un poco grandes.

Eran treinta ratones, uno al lado del otro. El profesor dijo:

—¡Preparados, listos... ya! —Y los alumnos empezaron a correr.

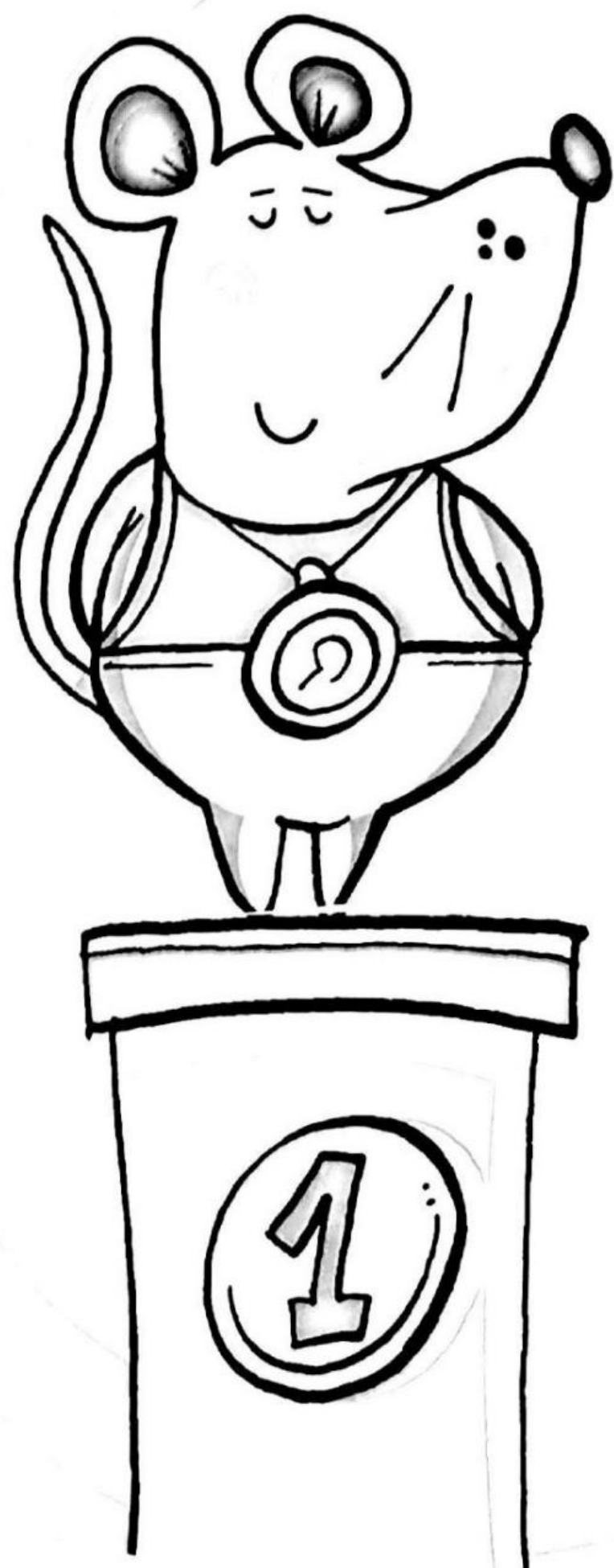
Ramoní era bueno en las carreras, pero las zapatillas se le enganchaban una con la otra y lo hacían tropezar. Era uno de los últimos cuando miró hacia atrás y vio a Buuu que venía despacio con su pañuelo en la mano.

—Esta vez no podrás engañar a nadie —pensó contento y sintió impulso para correr un poco más rápido. Pasó a varios compañeros y perdió de vista a Buu que se veía como un puntito blanco al final del camino. Corrió con todas sus fuerzas. Pasó a uno, a dos, a tres, a cuatro ratones con una velocidad increíble. Recordaba las maldades de su compañero de banco y eso le daba más energía para seguir corriendo.

De pronto, vio que faltaba poco y seguía pasando compañeros. Un cartel rojo que decía "llegada" cruzaba la calle allá lejos y sintió más ganas de correr y correr.

Cruzó la línea roja escuchando los aplausos.

—Muy bien, Ramoní, muy bien —dijo el Director palmeándole la espalda— lo esperamos en el podio.



Ramoní casi no podía hablar de tan agitado que estaba. Tomó una botella completa de agua y fue hacia el podio. Ahí vio que le correspondía el segundo lugar. En el primero, con collar de flores y muy sonriente estaba Buu recibiendo los aplausos. ¡Ni siquiera estaba transpirado!

—¿Cómo....—empezó a preguntar Ramoní pero enseguida se dio cuenta de que sus quejas serían en vano.

Buu había hecho trampa otra vez. Seguramente no había respetado el circuito. No tenía sentido decirlo porque nadie iba a creerle.

Entre el público que aplaudía, Ramoní vio a un ratoncito muy parecido a Buu que tenía el mismo equipo de gimnasia.

—¿Quién es ese? —le preguntó al “perfecto” que sonreía triunfante.

—Es mi hermano menor. Igualito a mí ¿no? —dijo el ratón tramposo con esa sonrisa que ponía cuando las cosas le salían bien—. Encima mi mamá nos compra ropa igual.

Ramoní entendió la trampa. Pensó en decirle al Director, pero recordó que ser discreto era importante para un Pérez.

Volvió a su casa con la medalla del segundo puesto y aunque todos lo felicitaban, esa noche, antes de dormir pensó por primera vez...¿Será tan importante ser Pérez?

* * *

Capítulo 12

Las clases en la Gran Escuela de Ratones Pérez estaban llegando a su fin.

—Como bien saben alumnos —dijo el Director— en una semana terminarán las clases y sabremos cuál de ustedes será el Ratón Pérez del año. Falta el último esfuerzo.

Los treinta ratones se miraban unos a otros preocupados. Sólo uno. Uno sólo.

Ramoní sintió que ese puesto nunca sería suyo después de todas las cosas malas que le había hecho Buuu. Se sentía triste y cansado.

El desafío final era ir en parejas, sin maestro, a la casa de un niño a cambiar un diente por monedas.

—Yo no quiero ir con Buu —se animó a decirle Ramoní al maestro de prácticas.

—¿Por qué no? —preguntó el maestro.

—Porque, porque no nos llevamos bien —tartamudeó.

—A ver alumno Buu. ¿Usted quiere ir con su compañero de banco?

—Claro, señor, es el mejor compañero que he tenido.

—No desprecie a su compañero —dijo el maestro—, esta noche irá con él a cambiar un diente.

Ramoní estaba muy enojado. No quería ir con Buu. No quería. Mientras caminaba hacia su casa, pensaba en hacerse el enfermo, en contarle todo al Director, en dejar la escuela Pérez para siempre...

—Sí —se convenció de pronto—, me olvido de ser Pérez y me voy a trabajar al campo con el abuelo.

Hablaría con sus padres esa noche, después de cenar. La mamá había preparado su comida preferida. El padre sirvió la limonada en los tres vasos y dijo:

—Brindemos por nuestro hijo. ¡Estoy tan orgulloso! Seguro que vas a ser el Pérez de tu clase.

Y Ramoní brindó, sabiendo que no podía arrepentirse y tendría que llegar hasta el final de su historia en la Gran Escuela de los Pérez.

Para la última prueba, se encontró con el “perfecto” a las diez de la noche en la puerta de la escuela. El Di-

rector les dio las monedas, un papel con la dirección de la casa y dijo:

—Tienen treinta minutos, si no vuelven en ese horario perderán su posibilidad de ser Pérez para siempre.

Ramoní iba muy callado, mientras Buu repetía lo que había que hacer.

—Tenemos que ser rápidos, mientras te encargas de subir las monedas a la cama yo voy buscando el diente con cuidado.

Ramoní sólo pensaba cómo ayudar a su mala suerte. Hicieron como el “perfecto” proponía, pero algo salió mal.

—No está el diente —dijo Buu en voz baja para no despertar al niño—, aquí hay una nota que dice: “el diente está en el último cajón del escritorio”.

Un maestro les había contado que algunos niños no quieren poner los dientes debajo de la almohada y los guardan en otro lado.

Ramoní abrió con mucho esfuerzo el cajón y estaba parado en el borde buscando el diente cuando recibió un empujón y cayó dentro.

—Saludá al nuevo Ratón Pérez —dijo Buu riendo y, empujando con todas sus fuerzas, cerró el cajón. Después salió del cuarto muy tranquilo llevándose el diente.

Una vez más, lo había engañado. Ramoní tenía ganas de llorar, pero no lloró. Dentro del cajón había juguetes y también lápices con los que intentó abrirlo, haciendo demasiado ruido. Los minutos pasaban, y el ratoncito pensaba que estaba perdiendo su oportunidad.

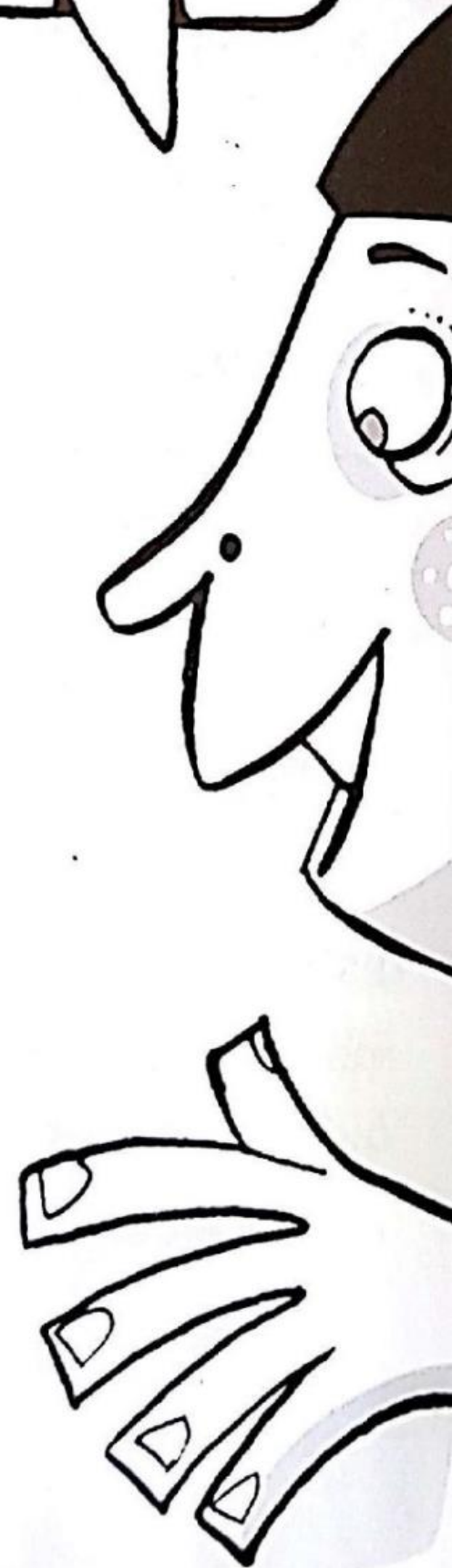
De pronto, el cajón se abrió, y Ramoní pudo ver una niña que tenía los ojos más redondos del mundo. Lo agarró suavemente de la cola y lo llevó hasta la puerta.

—Gracias por las monedas ratoncito Pérez. ¡Te aviso que ya se me mueve otro diente! —dijo y lo dejó en la vereda.

Ramoní corrió y corrió rapidísimo. Alcanzó a Buu que caminaba despacio y tranquilo tarareando una canción cuando estaban a una cuadra de la escuela. Lo sorprendió distraído, le sacó la bolsita con el diente que llevaba en la mano y siguió corriendo con todas sus fuerzas.

—Nooo, ¡no puede ser! —gritaba el “perfecto” sin poder alcanzarlo.

(HAU...



Ramoní entró en la escuela corriendo.

— Veintiocho minutos —dijo el Director mirando el enorme reloj.

Buu entró, sólo algunos segundos después.

—Veintinueve minutos —anunció el Director.

— Me ganó ¡no puede ser! —seguía repitiendo Buu.

—Los dos han llegado antes de los treinta minutos, los felicito —agregó el Director escribiendo algo en su libreta.

Todos los alumnos del grupo rindieron prueba esa noche, y a la mañana siguiente, se anunciaría en un importante acto el nombre del nuevo Ratón Pérez.

Ya en la cama, Ramoní daba vueltas sin dormir. Ahora que estaba a un paso de cumplir su sueño se preguntaba: ¿Es Pérez lo que quiero ser? ¿No será mejor trabajar en el campo como el abuelo? ¿O hacer artesanías como mi mamá?

Las horas pasaban y él seguía pensando: ¿Sería Buu el triunfador? Eso sí que le iba a molestar porque sabía bien que no se lo merecía.

* * *

Capítulo 13

Mamá y papá ratón estaban muy arreglados, esperando a que Ramoní saliera del baño para ir juntos al gran acto de fin de curso.

El ratoncito tenía parados tres pelos y no se los podía bajar aunque se los mojara, o les pusiera gel.

—Apu... purate, mi amor —decía la mamá nerviosa. En el gran salón de la escuela, estaban todos reunidos. Cantaron el himno de los ratones, y el Director subió al escenario con su libretita roja en la mano.

—Antes de nombrar al nuevo Ratón Pérez quisiera leerles algunas cosas que escribí este año —dijo abriéndola.

Ramoní tembló pensando que ahora leería en voz alta los problemas con el chupete, con la carrera, con el examen...

—“Poema al queso” —dijo el Director.

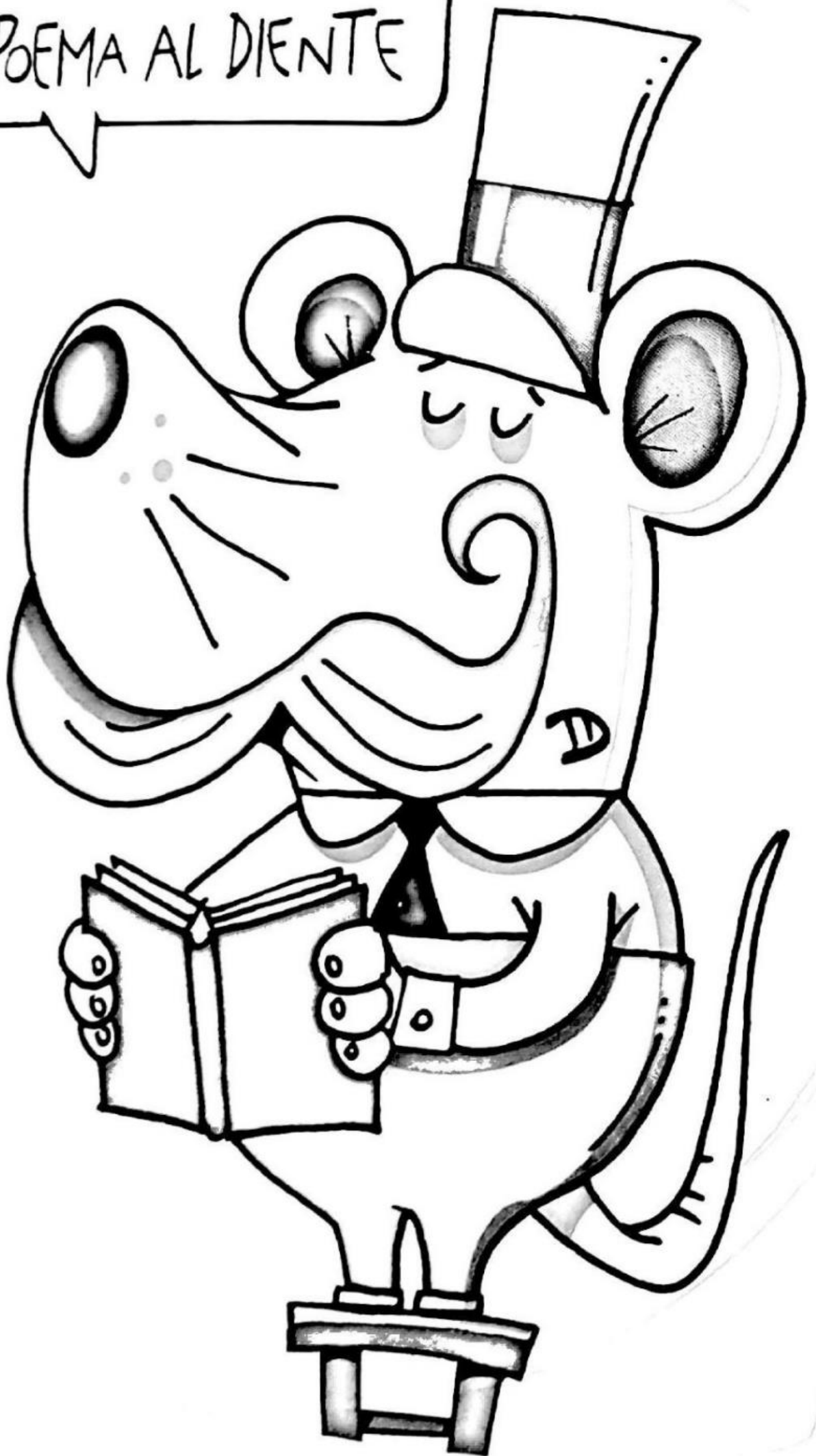
**Eres amarillo,
tu olor me trastorna,
muero por morderte,
tu sabor me colma.**

En el salón, los ratones se miraban sorprendidos. Nadie sabía que el Director era poeta, y Ramoní sonrió. ¡Qué miedo le había tenido a esa libretita roja!

Los maestros aplaudían y nadie se atrevía a cortar al poeta que seguía leyendo.

**“POEMA AL DIENTE”
Duro por dentro,
duro por fuera,
por ti mil monedas,
llevar quisiera.**

POEMA AL DIENTE



**“POEMA AL CORDÓN
DE LA VEREDA”**

**Por tu línea oscura
quiero caminar,
si me alejo mucho,
me van a pisar.**

Después de este poema, el Director cerró la libreta y lo aplaudieron de pie.

Recuperado de la emoción por haber leído sus obras, volvió al tema que todos esperaban:

—Este año, el Ratón Pérez será un alumno ejemplar. Correcto, prolijo, respetuoso, discreto, limpio, ágil, resistente, honesto, estudioso...—Y seguía enumerando las virtudes que parecían ser infinitas, mientras los alumnos y sus padres quedaron con la boca abierta y el corazón latiendo fuerte esperando que al fin, dijera el nombre del elegido.

—Este año, el nuevo Ratón Pérez es....

* * *

NOTA DE LA AUTORA PARA LOS PEQUEÑOS LECTORES:

¿Quién te gustaría que fuera nombrado Ratón Pérez?

- Si querés que sea Ramoní, leé el **Capítulo final 1**.
- Si preferís que Buu sea Pérez como su papá, leé el **Capítulo final 2**.
- Si querés otro final, podés leer el **Capítulo final 3**.

También podés leer los tres finales
y elegir el que más te gusta.

¡O podés imaginar tu propio final!

Capítulo final 1

—El nuevo Ratón Pérez es... el alumno Ramoní —dijo el Director y se escucharon aplausos. Los padres se abrazaron muy emocionados.

Mientras Ramoní caminaba hacia el escenario para recibir su medalla, Buu hizo capricho tirándose al suelo, llorando y pataleando como un niño pequeño. Una ratona bajita se le acercó.

—¡Yo quería ser Pérez mamá! ¡Yo quería ser Pérez! —gritaba Buu desconsolado. Entonces, ella sacó de la cartera un chupete, se lo puso en la boca y se lo llevó en upa como si fuera un bebé. La siguió el padre de Buu, que caminaba mirando el piso, muy avergonzado.

Ramoní subió al escenario, recibió la medalla de Pérez, y el Director le preguntó si quería decir unas palabras.

El ratoncito miró a sus compañeros, a sus maestros, a sus padres y dijo:

—¿Dónde aprendió señor Director a escribir tan lindos versos?

El Director no respondió, le dio al nuevo Pérez un abrazo y el público aplaudió enloquecido.

Desde ese día, Ramoní es Pérez.

Cambia los dientes por monedas sin hacer ningún ruido. Jamás lo descubren. Es el Pérez más silencioso y correcto. Su foto está colgada en la oficina del Director de la escuela y cuando termina su recorrida de cambiar dientes por monedas, saca su libretita azul y escribe poemas como este:

POEMA AL NIÑO

¿Tu diente se mueve?

¿se va a salir?

Movetelo mucho

¡Y voy a ir!

*** * ***

Capítulo final 2

El Director dijo:

—El nuevo Pérez es.... El alumno Buu.

—¡Buuuuuuuuuu! —hicieron los otros alumnos desde su lugar. Solamente se escuchó el aplauso del padre de Buu. Festejaba que su hijo hubiera conseguido aquello que él había soñado siempre.

Buu subió al escenario y después de recibir su medalla dijo:

—Me lo merezco.

Y todos respondieron:

—¡Buuuuuu!

Ramoní se quedó sentado muy tranquilo. Sus padres lo abrazaron y lo felicitaron igual porque había hecho un gran esfuerzo a pesar del resultado. No estaba triste ni estaba enojado.

Desde ese día se han perdido muchos chupetes en las casas donde hay bebés. Casualmente desaparecen

el mismo día que a sus hermanos mayores se les cae un diente. Nadie sabe bien por qué, pero el Director de la Gran Escuela de Ratones Pérez ya está investigando.

¿Y Ramoní?

Al día siguiente del gran acto, se fue a trabajar al campo con su abuelo. Y mientras mira el cielo, con sus nubes blancas y come las galletas que hace su abuela, escribe poemas como este en su libretita azul:

POEMA AL CIELO

Tus nubes son blancas,
tu sol amarillo
y soy muy feliz,
sembrando membrillos...

* * *



Capítulo final 3

—El nuevo Pérez es... el alumno Ramoní —dijo el director y se escucharon aplausos. La mamá estaba emocionadísima secándose las lágrimas, y el papá festejaba mientras él estaba muy serio mirando la libretita roja.

—¿Quiere decir algo alumno? —preguntó el Director después de ponerle la medalla.

—Sí. Muchas gracias a todos por elegirme. Es un gran honor para mí, pero lo he pensado mucho y ser Pérez no es lo que quiero en la vida. Me parece que Buu, mi compañero de banco será mejor Pérez, como su papá.

Alumnos y maestros lo miraban boquiabiertos sin entender. Buu sonreía con esa sonrisa rara, y los padres de Ramoní también sonreían.

El Director dijo que esto nunca había sucedido y que si él renunciaba a ser Pérez, los profesores tendrían que decidir quién sería su reemplazante. Entonces, Buu dejó de sonreír.

—Ya sabía que ser Pérez no lo haría feliz —dijo la mamá.

Cuando salieron del salón, los tres muy juntos, el papá preguntó:

—Entonces, ¿vas a ir al campo a trabajar con el abuelo?

—No —dijo Ramoní— yo quiero ser... ¡poeta! como el Director de la escuela...

—¿Poeta? —preguntó su papá alarmado— ¡es una locura!

—Nunca salió un poeta de nuestra familia —dijo la mamá agarrándose la cabeza.

Pero Ramoní ya estaba pensando comprarse una libretita azul para escribir su primer poema:

EL DEDO EN LA NARIZ

**Y nadie me reta
cuando yo sea grande
¡Seré un gran poeta!**

*** * ***